

10

ERA EN ENERO

---

Era un día de Enero, en un pueblo cualquiera del Alto Bierzo. Era un día de frío y de niebla. Un 5 de Enero, uno más. Tiempo Navideño, días de vacaciones. Contaba nueve años. Mis amigos ya se habían ido a comer. Cansado de jugar toda la mañana, me disponía a entrar en casa. Recuerdo que mamá me había dicho que hoy tendríamos más en comer. También me dijo que comeríamos botillo. Con Rod, el mejor perro de caza del pueblo, al que yo quería casi tanto como a mi hermana, dejé mis botas de goma en el patio, para no mancharle la casa a mamá.

Mi madre, atareada e infatigable, lavaba ahora las sábanas que de mi cama había cogido. La enorme lata de agua desprendía un vapor, a veces renuente, que envolvía toda la cocina para hacerla llorar. Pero ello era imprescindible para mi madre. Enferma como estaba, tenía que combinar el agua para no resfriarse. Por eso yo lo sonreía.

Nuestra cocina era rectangular, o cuadrada, o quizá fuese, no sé ni creo que importe mucho. Las paredes húmedas por las lluvias y la niebla, recogían amigablemente el vapor que la lata y otras cazuelas desprendían. Podré decir que la voluntad de las paredes era blanca. Su color amarillento, dejaba algo lejano el nacimiento de Beni. Apenas lo recuerdo. Nunca ví a mi padre tan feliz. El padrino fue el tío Máximo, que vino de Francia después de 8 años. Todavía conservo en el desván la guitarra de cuatro cuerdas, ahora con dos, que me traje de París. Es, desde entonces, que las paredes siguen pareciendo blancas.

Mi madre restregaba una y otra vez mis sábanas. Yo la observaba. El jabón se le escurría entre las manos. Parecía que su tocino le hacía resbalar. Porque mi madre me dijo, que así lo habían hecho